

JAVIER PUEBLA

# EL HOMBRE QUE INVENTÓ MADRID

EL TALENTO QUE CAMBIÓ EL RUMBO DE UNA GRAN CIUDAD



# EL HOMBRE QUE INVENTÓ MADRID

JAVIER PUEBLA

Este fichero ePub cumple y supera las pruebas  
epubcheck 3.0b4 y FlightCrew v0.7.2.  
Si deseas validar un ePub On Line antes de  
cargarlo en tu lector puedes hacerlo en  
<http://validator.idpf.org/>

*Para mis padres,  
Paco y Mercedes,  
y para mi hermano Eduardo.*

# DE ENTRE LOS MUERTOS

## I

está muerto.

—No puede ser. Haz algo, debe de haber perdido el sentido. Tienes que conseguir que se despierte. Píñchale. Píñchale a ver si reacciona.

Y el boticario le pincha, pero no se despierta. Ni siquiera sangra. Está muerto. Aunque no pueda ser, aunque parezca increíble que alguien de su fuerza y resistencia pueda ser vencido por la enfermedad, lo cierto es que José de Salamanca está muerto.

«Es mi deber como alcalde mayor de esta villa pagar los sueldos de los funcionarios, pero en modo alguno voy a permitir que esa obligación se cumpla antes que la de atender a los enfermos. El cólera está matando familias enteras, y así como he obligado a las familias más ricas a contribuir con un porcentaje de sus bienes voy a poner hasta el último hálito de mis fuerzas en combatirlo, en impedir que Monóvar desaparezca del mapa a causa de este mal, aunque el esfuerzo me cueste la vida».

La vida. Aunque le costase la vida. Y ese era el precio que había pagado José de Salamanca y Mayol. Su vida. Y

lo había pagado en balde. Ya nada podría hacer para evitar que la terrible plaga siguiera avanzando, porque estaba muerto. Nada podría hacer a no ser que los muertos, desde el otro lado, desde la oscuridad o desde la luz eterna, fuesen capaces —verdaderamente capaces— de realizar milagros.

—¿Está seguro de que no tiene pulso, señor boticario?

—Seguro, aunque habrá que esperar a mañana, cuando don Blas, el médico, regrese de Chinorra para certificarlo.

—Nada podrá hacer el doctor Ruiz para devolvernos a nuestro alcalde. La verdad es que lo miro, y aunque veo lo que veo me cuesta creer que le haya derrotado el cólera.

—Lo que costaba creer era que no se contagiase. ¿No recuerdas cómo se puso cuando murió la familia Bleda, como se abrazó a la hija pequeña, y la besó y la llamó Marina o Macarena o algo así, y empezó a gritar que no se podía ir, que ya se había muerto una vez, que nadie debe morir dos veces, que era demasiado dolor para quien los quiere y empezó a pedirle, con el fervor de un niño, que volviese, que volviese por favor? Me vi obligado a mirar hacia otro lado, maldiciendo mi impotencia, cuando rasgó la camisa y la apretó tan fuerte contra sí que hasta crujieron los huesos de la criatura; o los de don José.

—¿Y qué vamos a hacer sin él?

—Seguir luchando, desde luego. Seguir luchando. Ahora será Salvador, como regidor primero, quien tendrá que hacerse cargo del gobierno del pueblo.

—¿Salvador Pérez? ¿Y qué podrá hacer él? Si un gigante no ha podido contra la enfermedad, ¿qué va a lograr un hombre común como Pérez? Estamos perdidos, amigo Poveda, no se salvará ni un alma en Monóvar. Si Salamanca, que parecía un roble al que no podría doblegar ni la más rabiosa de las tormentas, no logró frenar la epidemia, ¿qué va a hacer Pérez contra el cólera morbo? Sólo me lo imagino subiéndose a un caballo y huyendo tan lejos como sea capaz.

—Quizá eso deberíamos hacer todos, huir. Pero hasta para eso me faltan las fuerzas. Y además, ¿huir hacia dónde? España entera está infectada. Sólo queda resignarse, Poveda. Mover las piernas y los brazos hasta que nos devore la indiferencia del mal.

## II

**A** mortajado, con más torpeza que eficacia, yacía José de Salamanca en un alto lecho de roble —precisamente de roble— con los brazos alineados al cuerpo blanquísimo. Tan blanco como su rostro casi lampiño que, iluminado por las llamas de cuatro velas temblorosas situadas en las cuatro esquinas de la cama, parecía el de un fantasma.

A Poveda, que se consideraba su único amigo verdadero en aquella plaza condenada por la risa del diablo y el desprecio de Dios, le costaba encontrar la energía necesaria para escapar del solitario e inútil velatorio y continuar atendiendo otros asuntos que —quizá— fuesen de mayor provecho. Moralmente era consciente de que su deber era mantener la fe, esa fe inquebrantable que había sostenido a su amigo hasta el último hálito, y esforzarse en salvar a cuantos habitantes del pueblo fuera posible. Si es que existía la posibilidad siquiera; pero en ello, en la excepción o la misericordia del Altísimo debía de empeñarse en creer, se dijo con más cansancio que amargura. Él también lucharía, aunque sus ánimos estuviesen ya tan menguados como sus fuerzas.

Buscó con la vista al criado. Ni siquiera recordaba su nombre, como les sucede tantas veces a los poderosos con el servicio: manos invisibles que traen y llevan ropa, alimentos o utensilios de un sitio a otro, que cumplen órdenes sin juzgarlas o cuestionarlas. Hombres o mujeres sin rostro ni

personalidad ni nombre. Pero, aparte del criado, no podía contar con nadie más. A no ser que, inesperadamente, resucitase algún difunto...

—Chico, ven aquí. ¿Cómo te llamas?

—Manuel, Manuel Hernández, para servir a Dios y a usted, señor.

—Muy bien, Manuel. Tu señor necesita un último servicio tuyo, que veles su cadáver.

—Pero su merced, yo no sé nada de muertos. Acaba de decirme el carpintero que en un momentico nos traerán su ataúd, y podrá descansar en paz. Él no querría que usted se fuese, que lo dejase abandonado a su suerte con la servidumbre.

Entendió Poveda que el mozo bajase sus ojos de hurón para evitar el enfrentamiento visual con quien pretendía mandarle o dirigirle, que no desease en modo alguno lidiar en soledad con el difícil trance de trasladar el cuerpo más largo que grande de su patrón al cajón de madera que le serviría de féretro. Tendría que encontrar un buen pretexto para fugarse de aquella habitación que antaño había envidiado por sus dimensiones y comodidad, pero —¿estaría él también ya enfermo?— su cabeza se hallaba demasiado embotada, tanto que no se le venía ni una sola idea al magín para cargar al criado con el muerto —nunca mejor dicho— y él poder ocuparse en más urgentes menesteres. Esperar. No le quedaba otra opción que resignarse y esperar. Pero si no podía fugarse físicamente, nada le impedía intentarlo centrando su atención en cualquier otra cosa, y por ello, tras suspirar con largura, hundió sus dedos acá y allá, en los diversos bolsillos ocultos bajo la capa, hasta que las yemas reseca y ásperas encontraron la confortable redondez de un puro, que sacó con sumo cuidado antes de llevárselo a la boca y cortarlo con un cizallazo implacable de sus dientes fuertes y amarillos. ¿Fuego? No necesitaba gastar un fósforo, habiendo llamas bailando tan cerca. Dejó la confortable trampa del sillón de orejas de donde no se

había movido durante los últimos cuarenta minutos, y con gesto involuntariamente trémulo acercó la punta del puro a la más cercana de las cuatro velas que el sirviente había colocado en las esquinas de la cama. Aspiró con fuerza para encender el cigarro y el olor de la muerte colonizó sus fosas nasales. La llama tembló y creció, envolviendo la punta del puro hasta hacerla roja y luz, antes de volver a su tamaño humilde, a su baile sosegado y previsible.

A Salamanca le encantaban los cigarros puros.

Eran inútiles ese tipo de reflexiones, de lamentos que de nada le servirían ni a él ni al muerto, quien ya nunca más podría disfrutar ni de un puro, ni de una conversación, ni de la caricia del viento. Poveda retornó a la trampa cómoda y confortable del enorme sillón de orejas, el más cercano a la ventana de la pareja gemela de «asientanalgas», el que normalmente usaba José de Salamanca cuando recibía visitas, cuando le recibía a él al menos, y se dejó caer a peso sobre los cojines forrados de tela damasquinada y rellenos de la mejor lana. El criado estaba junto a la puerta, en cuclillas, con la mirada fija en el adoquinado para evitar cualquier posible encuentro con quien se pensaba podía mandarle y cargarle con responsabilidades que en absoluto le correspondían. Cerró Poveda los ojos y aspiró el humo hasta el límite de la capacidad que le permitían sus pulmones. Tosió. Y otra vez tosió; esta vez con mayor violencia y doblándose sobre sí mismo. El criado se tensó, asustado, ¿y si doblaba también el otro caballero? Peor aún, ¿y si la tos hacía que la enfermedad atravesara el aire y se le colase a él por algún agujero?

—Qué asco de cigarros.

Qué asco de cigarros, sí, pero mejor la tos y el olor y el sabor a tabaco que el olor y el sabor de la muerte. Mal trabajo el de los funerarios y enterradores. Intentó una risa, dirigida al criado y su miedo evidente, pero se le transformó en un nuevo ataque de tos. Cuando por fin pudo controlar-

lo, volvió a recostarse contra una de las orejas del sillón y cerró los párpados.

No deseaba ver nada, pensar en nada. Una pipa de opio, vicio que practicaba en solitario desde muchos años atrás, habría resultado más lenitiva y apropiada para la ocasión que el clavo de tabaco ardiendo al que se agarraban sus labios.

Habían pasado varias horas, o quizá sólo veinte o treinta minutos, más probable lo segundo si calculaba por la longitud que aún mantenía el cigarro, cuando la voz del lacayo atravesó sus pensamientos y tiró hacia arriba de los párpados.

—Ya están aquí, señor. Ya llegan. Les oigo.

Poveda, por su parte, nada había oído, perdido como estaba en sus propias cavilaciones, recordando —o quizá ensoñando en una frágil duermevela— como juntos y unos meses antes, Salamanca y él habían formado el cuerpo de las Milicias Urbanas. Salamanca, nacido para mandar, había sido elegido por unanimidad como comandante en jefe de las milicias. Y al frente de las mismas había hecho retroceder a los rebeldes carlistas, a quienes conducía un astuto individuo más conocido por su apodo, el Abogado, que por su verdadero nombre; aunque no se lo imaginaba Poveda estudiando leyes ni defendiendo casos ante ninguna corte de justicia. Pero con estudios o sin ellos el Abogado era hombre de arrestos, como había demostrado; con el apoyo de una partida de apenas cien fieles había logrado izar la bandera carlista en la localidad de Chinorlet. Las vueltas que da la baraja de la vida: Carlos María Isidro, hijo de quien había sido el mismísimo rey de España bajo el nombre de Carlos IV, ahora se veía convertido en un rebelde, un proscrito, debido en primer lugar a las relaciones demasiado complacientes de su padre con Napoleón, y posteriormente a su pertinaz incapacidad para controlar a sus súbditos. El motín de Aranjuez había sido el punto de inflexión que determinase su caída definitiva, el fin de Car-

los IV, que a partir de aquel momento sólo sería don Carlos, para los respetuosos, y el débil Carlitos para los insolentes y enemigos. Pero siempre que alguien odia a un rey o a un líder o a cualquier otro hombre, aparece la contrafigura del odio, el partidario incondicional dispuesto a dejarse la piel por ideas desdibujadas que sólo aportan beneficio real y auténtico a otro. Así había sido siempre en Europa, y especialmente en España. Y así surgieron los carlistas. Y así un hombre de valor e iniciativa y coraje en medida difícil de encontrar, como era el Abogado, se había puesto a luchar a favor de quien aspiraba a arrebatarse la Corona a Fernando VII, su propio hermano. Cierto que la batalla en sí misma, la lucha, encierra su propio atractivo y placer. Que buscar la gloria, sea al mando de un grupo de carlistas o de lo que fuese, poseía y posee un encanto irresistible para cierto tipo de hombres.

Y el Abogado pertenecía por inclinación y naturaleza a esa especial estirpe. Su fama comenzó a extenderse y crecer —de la realidad a la leyenda si sopla el viento a favor a veces sólo hay un paso— desde el episodio de Chinorlet.

Y habían sido las Milicias Urbanas de Monóvar las designadas por el destino para pararle las bravatas y los pies. Durante más de un mes estuvieron Salamanca y el Abogado practicando el juego mortal de la guerrilla, hasta que la estrategia, pero también un caprichoso golpe de suerte, permitió al primero y sus Milicias Urbanas acorralar al enemigo.

A Poveda no le hizo demasiada gracia que su superior, y en teoría muy cercano amigo, se deshiciese en loas y alabanzas hacia su rival. «¡Qué digno y admirable enemigo!», le repetía hasta el aburrimiento. ¿Y él? ¿Y los otros miembros de las Milicias Urbanas? ¿No eran dignos también de piropos y halagos? ¿Acaso no habían vencido? Pero Salamanca, como cualquier piernas que se deja deslumbrar por la lámpara de aceite más cercana, sólo parecía tener ojos para su supuesto igual, para su enemigo, para el Abogado.

Quizá de eso se trataba, de igualdad. Si el enemigo es grande y le he ganado está claro que dos y una suman tres, y que yo soy más grande que él.

—Señor, el ataúd ya está aquí.

—¿Qué hacemos con él, don síndico? ¿Metemos el cuerpo dentro? Lo hemos hecho muy largo, como se nos indicó, pero como no teníamos las medidas exactas tuvimos que ceñirnos al buen ojo del jefe carpintero, y ahora que estoy viendo al difunto, ¿qué quiere que le diga? Yo lo veo muy grande para esta caja. Muy grande y muy largo. Sobre todo las piernas. No sé yo, la verdad es que no sé yo si va a entrar. Esperemos que nos quepa sin tener que quebrarle los huesos.

—Si no cabe le doblan las piernas y en paz.

—Ya, claro, es fácil decirlo. ¡Doblar! ¡Ja! Cómo se nota que usted no ha pasado por el trance de vérselas en semejante clase de momio, pero yo sí. Y no es fácil, le digo yo que no es fácil y que a veces no hay quien las doble, que se ponen más tiesas que el hierro. *Rigor mortis*, se llama eso. ¿Lo conoce usted? ¿Sabe de lo que le hablo y lo que le digo? *Rigor mortis*.

—Está bien. Como al parecer aquí la máxima autoridad soy yo, se hará como a mí me parezca. Y de momento ni siquiera vamos a intentar meter el cuerpo del alcalde en ese cajón a todas luces demasiado pequeño. Y mucho menos voy a permitir que nadie intente doblarle o quebrarle las piernas. Hasta que no llegue don Blas Ruiz y extienda el certificado de defunción, aquí no se entierra a nadie. Lo bien hecho, bien hecho está. Ustedes ya han cumplido, dejen el féretro ahí, junto a la cama, y cuando llegue don Blas, ya nos ocuparemos él y yo. ¿Queda claro? ¿Me han entendido? Y las lecciones de anatomía y *rigor mortis* se las da usted a quien se las solicite. Está usted aquí por un trabajo, no para aburrirnos con sus discursos.

—No se me ponga así, que carezco de mala intención. Soy de natural hablador, pero le aseguro que no pretendía

dar lecciones a nadie. Faltaría. De verdad que faltaría; un ignorante como yo. Lo que usted mande, señor Andrés, y ya me callo. Bueno, me callo cuando se me conteste a la última pregunta que es la importante: ¿Y esto quién lo va a pagar?

—No se preocupe. Y le advierto que no me parece que el asunto del cobro deba formar parte de su negociado. Pero en cualquier caso puede decirle a su patrón, el que les paga a ustedes y administra los reales, para que me entienda usted sin posibles confusiones, que don Andrés Poveda, el procurador síndico general, responde personalmente de la deuda si el ayuntamiento tuviese algún problema para hacer frente a la misma.

—¿Y una ayudita para estos dos y un servidor? Que necesitamos de todas las fuerzas que pueda respetarnos Dios para seguir llevando cajones de un lado a otro. Que el jefe nos dice que no tiene dinero, y sin dinero a ver cómo estos y yo...

—Está bien, ya basta.

Los garbanzos, cuando faltan, no temen ni respetan ni a la mismísima parca, y mucho menos la palabrería de los vivos.

Comprendía Poveda que el carpintero, a quien se le iban los clientes al otro mundo sin que nadie quedase para responsabilizarse de la satisfacción de la deuda, aprovecha-se la circunstancia para demorar en lo posible el pago a sus ayudantes y empleados. Con un poco de suerte alguno se le moría entre viaje y viaje y se ahorraba un tanto.

Entregó Poveda a los hombres unas monedas, sin molestarse en contarlas siquiera.

—Y ahora terminen de una vez, que no tengo hoy la cabeza para filosofías baratas ni chácharas. Déjenlo donde les he indicado. El cajón. Y al muerto ni lo toquen. Ni rozarlo. Vamos, andando y con la lengua quieta.

Los cargadores cumplieron, sin chistar más, la orden del síndico. El cajón, tallado deprisa y toscamente, cubierto

con pintura negra aplicada en capas desiguales y nerviosas, pasó con dificultad por la puerta que comunicaba con la escalera y tras apenas un par de maniobras quedó varado al pie del lecho.

El cargador se tocó la gorra e inclinó el cuerpo, en demostración de agradecimiento. Poveda movió la mano, espantando la imagen como si fuera una molesta mosca.

¿Dónde se había metido el criado de Salamanca? Estaría bueno que se hubiese largado con los tres ganapanes que trabajaban para el sepulturero. Ah no, allí estaba.

Cabizbajo y las manos entrelazadas; la posición perfecta para quien se ve obligado a asistir a un velatorio o a un entierro.

—Chico, acércate, anda. No tengas reparos. Estoy de malhumor y me he desahogado con esos arrieros, me había quedado medio dormido... Bueno, a ti eso no te importa. De lo que se trata ahora es de que logremos entendernos. Que yo logre que tú me entiendas. Así que vamos a hablar, de hombre a hombre y ahora mismo, tú y yo, un momento. Pero primero dime cómo te llamas. No sé si te lo he preguntado antes, y si lo he hecho no me acuerdo. Vamos, dime, ¿cómo te llamas?

—Manuel, Manuel Hernández, señor, para...

—Está bien, Manuel. Ya me he enterado. Escúchame bien, te vas a quedar aquí, quieto en este cuarto y sin perder de vista al alcalde, tu señor. Quieto y sin moverte hasta que yo regrese con don Blas Ruiz, el médico. Y mientras yo no vuelva no quiero que nadie se acerque al cadáver. Ni que se acerquen a Pepe ni que pongan ni la yema de un dedo sobre sus posesiones. ¿Entendido? Como desaparezca un simple alfiler respondes con tu cabeza, ¿me oyes? ¿Me has comprendido?

—Sí, señor, que no estoy sordo. Le oigo, le entiendo y le comprendo. Y no necesita amenazarme. Para mí el señor era más que un amo. Aprendí mucho de él, y no me movería de aquí ni aunque usted no me lo hubiese pedido. Y an-